

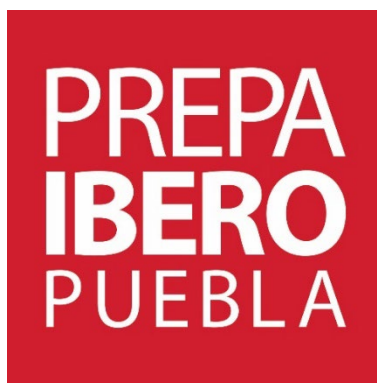
La experiencia como posibilitadora de sentido para conseguir los propósitos formativos

Díaz Mortera, Leopoldo

2022-07

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5340>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>



**LA EXPERIENCIA COMO POSIBILITADORA DE SENTIDO PARA
CONSEGUIR LOS PROPÓSITOS FORMATIVOS**

Leopoldo Díaz Mortera

Prepa Ibero Puebla

Décimo Tercer Coloquio Interinstitucional de Profesores de Preparatorias

23 de junio de 2022

Resumen

En la educación es común que se confundan los medios con los fines y se convierta a los primeros en fines centrados en sí mismos, por lo que el trabajo docente requiere una evaluación constante y permanente para vigilar que los medios sean las condiciones para conseguir los propósitos formativos y que estos se alineen a una visión y misión institucional acorde a los retos actuales para un mundo más justo y humano. La formación integral y significativa parte de la interacción entre el estudiante y la realidad, pues sin experiencia no hay consciencia ni posibilidad de trascendencia.

Palabras clave: Educación para la ciudadanía, Ética, Formación integral, Propósitos formativos, Experiencia

LA EXPERIENCIA COMO POSIBILITADORA DE SENTIDO PARA CONSEGUIR LOS PROPÓSITOS FORMATIVOS

Educar es un tema siempre vigente en las agendas políticas, sociales y culturales, la primera institución de educación es la familia y en el siglo XX educar era una tarea compartida, pero por lo general delegada formalmente a la escuela. Si bien los padres delegan esta encomienda a las madres y éstas a su vez se apoyan en la escuela, la iglesia, el estado y otros poderes fácticos como los medios masivos de comunicación, especialmente la televisión antes del internet, es evidente que conforme evolucionan la sociedad, la técnica y las tecnologías, aparecen a finales del siglo pasado nuevos actores en escena e internet adquiere un protagonismo innegable e incommensurable que obliga a replantearse en el siglo XXI el rol de las instituciones y la utilidad y pertinencia de los actores sociales involucrados en estos procesos formativos.

El planteamiento anterior supone poner en el centro de las reflexiones para qué se está educando, pues la respuesta a esa pregunta dirige todos los esfuerzos formativos en lo individual y colectivo, en lo personal e institucional. En este sentido, dice Graham Greene citado por Savater: “que «ser humano es también un deber».” (2019, p.11) y reflexiona al respecto el filósofo suponiendo que: “Se refería probablemente a esos atributos como la compasión por el prójimo, la solidaridad o la benevolencia hacia los demás que suelen considerarse rasgos propios de las personas «muy humanas»” (p.11), pues pensar que la educación se limita a la transmisión de conocimientos es creer que la capacitación, especialmente para el trabajo, es el fin último de la educación.

En este ensayo se abordará la importancia de los propósitos formativos relacionados con una filosofía institucional que esté apegada a la realidad en la que se inserta el proceso formativo, considerando que esta filosofía debe estar expresada en la visión y misión institucional, pero además que solo es alcanzable en la medida que toda formación que deviene de ellas está ligada a la experiencia, pues se parte de la hipótesis de que sin experiencia no hay posibilidades de una formación integral y aprendizajes significativos que transformen al sujeto en persona y a la persona en agente de cambio.

Poner en el centro del proceso formativo lo importante

En la reseña que hace Diego Hernán al ensayo *La resistencia*, del escritor Ernesto Sábato, resume los temas preocupantes que aborda el autor: “La crisis de valores, el vértigo de la posmodernidad, la incomunicación, la competencia, el individualismo, la falta de lazos verdaderos y el efecto nocivo de las nuevas tecnologías en las personas” (Hernán, 2022, p.1), estos temas son comunes a la mayoría de las personas, pero quienes se dedican a la educación seguramente son especialmente sensibles y se sentirán profundamente identificados con la idea de que están en la gran parte de los problemas que subyacen a los temas globales y la crisis mundial.

Cada época tiene sus retos locales y globales, estos derroteros determinan en gran medida las necesidades que, desde el poder, que en la época actual sería el Estado, orientan los principios que rigen la idea de ciudadano que requiere el país y el mundo para hacer frente a los problemas que presenta. El Siglo XXI es muy joven y ya tiene una pandemia y se precipita al borde de una tercera guerra mundial; las crisis económicas, políticas, medio ambientales, la violencia generalizada y la polarización ahondan una sensación de incertidumbre que se profundiza en un contexto de mayor desigualdad, en la que el panorama es sumamente desesperanzador cuando se considera que la brecha será aún mayor cuando la población más vulnerable es cada vez más grande y sus probabilidades de superar estas crisis se vuelven cada vez menos alentadoras.

Si el contexto es determinante en las decisiones que el Estado toma en cuenta para trazar líneas de acción que las instituciones educativas traducen en propósitos formativos, también es evidente la multifactorial diversidad de situaciones que llevan a cada institución a interpretar esas líneas de acción y proponer en sus propios términos y posibilidades el reto de formar a las personas. Así, dependiendo de los recursos, infraestructura y visión de futuro, las instituciones declaran cómo se suman a la formación desde estas líneas propuestas, pues no es lo mismo educar para que la verdad nos haga libres, que para que nuestro espíritu hable por la raza o educar para servir, o educar con un espíritu emprendedor con sentido humano. Si bien los lemas son aforismos que tratan de expresar poéticamente una filosofía, en la que subyacen la visión y misión institucional, es verdad que cada una presenta o enfatiza aspectos muy diversos y caminos distintos por los que debe transitar el estudiante para convertirse en persona.

En términos generales toda institución, desde la familia hasta el Estado, pasando por la escuela como depositaria o guardiana de la educación formal, quiere formar personas de bien, es decir, ciudadanos en un sentido amplio y profundo, hombres y mujeres conscientes, críticas, comprometidas, compasivas, competentes y creativas, pues se busca que sean capaces de resolver problemas, pero con voluntad para atender y entender aquellos que atañen a todos o a la mayoría, como la pobreza o el cuidado de la casa común; formar para la vida, pero una vida en común, no una egoísta centrada en sí mismo y su propio bien a pesar de los demás o muchas veces en detrimento de los demás.

En la actualidad, cada vez es más evidente que se invierten los valores y se convierten los medios en fines, por lo que en el discurso lo importante es el educando mientras todo lo demás es solo un medio; sin embargo, la educación se convirtió en negocio, el conocimiento en mercancía y los estudiantes en clientes, la realidad es que pareciera que lo importante está en la educación como si esta fuera un fin en sí misma y no un medio. Eduardo Galeano, citado en Hernán (2022, p. 3), dice que: “Vivimos en un mundo donde el funeral importa más que el muerto, la boda más que el amor y el físico más que el intelecto. Vivimos en la cultura del envase que desprecia el contenido”. Esta cultura del envase, como la llama Galeano, pone en evidencia la inversión de valores, que es la verdadera crisis, pues no hay, como algunos afirman, una ausencia de valores, o una desvalorización, sino un cambio radical en lo que se considera importante al momento de asumir una actitud ante y en la vida, así como en los procesos formativos para y con los estudiantes.

Tomando como punto de partida las anteriores consideraciones, en consecuencia, no se trata de que no existan o se desprecien los valores como la honestidad, la lealtad o la bondad, sino que se vuelven menos importantes que la tenacidad, la responsabilidad o la confianza, tampoco se trata de que estos últimos no sean importantes o humanos, sino que el contexto determina qué es más importante, pero esta valoración debe realizarse a partir de lo que es más humano y deseable desde el punto de vista del mayor bien.

Es así que en el ámbito educativo, se da mayor importancia a los *cómos* y los *qué* de la formación que a los *para qué*: qué requiere la currícula, qué se va a trabajar en el curso, cómo se van a lograr los aprendizajes esperados, cómo se evalúan las competencias y la certificación de su consecución, y se deja de lado los *para qué*, pues, si bien pueden estar declarados, la realidad es que se olvidan, provocando que se vuelva más importante terminar

los temas de un curso que cerciorarnos que un estudiante pueda comunicarse de manera clara en forma oral y escrita, aprenda a cuidar de sí o reconozca la importancia del cuidado del medio ambiente.

La educación formal no tiene la obligación, pero sí la responsabilidad de asumir y en la medida de lo posible resarcir el daño que a veces se reproduce sin querer y sin consciencia en el seno familiar, pero que sobre todo en los medios de comunicación, especialmente el internet y las redes sociales, que promueven un individualismo exacerbado y una polarización que es ideal para evitar la criticidad y acción organizadas que atentan contra el *statu quo* y el orden actual que beneficia a quienes ya tiene la mayor ventaja.

A partir de la reflexión de este ensayo, se considera que para que el aprendizaje tenga sentido, no basta con la repetición, la memorización y la comprensión de temas y contenidos académicos; se requiere de experiencias que muevan esos conocimientos para convertirse en aprendizajes significativos, es decir, relacionados con el sujeto que aprende y la realidad en la que está inserto. Por eso, decía Ellacuría, la primera asignatura es la realidad, en ella se descubre o construye el para qué de la educación y de ella surgen las invitaciones para ser agentes de cambio y vivir con lógicas distintas a las propuestas desde el neoliberalismo y con un sentido trascendente y no solo centrado en el consumir.

En este ensayo se parte de una idea de trascendencia que tiene que ver con el desarrollo de la dimensión espiritual de la persona, es decir, aquello que está en él, pero también lo atraviesa y rodea, esa fuerza vital que le invita a buscar dentro de sí aquello que le anima a vivir con y para los demás; es de donde surge especialmente la actitud de servicio, con un especial énfasis a volcarse a aquellos que más lo necesitan, que están en situación de vulnerabilidad.

Así, la escuela debe ser una utopía en la que por un lado es tierra fértil para la esperanza y, por el otro, una brújula que apunte la dirección o las posibles direcciones para crear las condiciones que permitan construir la paz y vivir con esperanza en medio de una incertidumbre que es cada vez más honda.

Si bien la experiencia no se trata solo de actividades formativas extra muros, este tipo de actividades son un ejemplo claro de cómo el contacto con la realidad y la experiencia de las personas con éstas trasciende la teoría y el conocimiento, para provocar producir los movimientos y desajustes necesarios para conmocionar y emocionar, que son fundamentales

en los aprendizajes significativos, pues solo lo que cala de manera honda, deja una indeleble huella en el ser y consciencia.

Sirva como muestra la experiencia laboral de los jóvenes de 4° semestre de la Prepa Ibero Puebla, que en su visita al Banco de Alimentos tuvieron la oportunidad de experimentar el dolor, agobio y cansancio de las actividades que realizan las personas solidarias, quienes por una despena pueden llegar a colaborar de 12 a 14 horas; pero lo fundamental de la experiencia no está en el contacto con la realidad, sino en las invitaciones que les deja, en el cuidado de la comida, en la posibilidad de incidir en esas realidades desde sus diversos ámbitos y capacidades. Muchas dimensiones de su desarrollo integral se tocaron en esta actividad: la afectiva, física, espiritual, ética, política e incluso estética (ACODESI, 2003). También muchas personas contribuyeron a fortalecer esas dimensiones: sus docentes desde las diversas asignaturas, los académicos que acompañaron, los trabajadores y solidarios con quienes interactuaron. Una experiencia formativa tiene siempre muchas incidencias y coincidencias en las que confluyen situaciones que sabiéndolas aprovechar se convierten en el espacio ideal para formar el carácter y transformar el corazón.

La experiencia es fundamental porque solo en ella la persona encuentra invitaciones y puede rasgar la superficie de las apariencias para adentrarse y conocer la realidad: sin experiencia el conocimiento no trasciende. La experiencia por sí sola no garantiza ni el conocimiento ni la comprensión de la realidad, pero sin ella, estos elementos no provocarán que la persona encuentre dentro de sí mismo la posibilidad de hacer la diferencia en un mundo que requiere reconstruir y sanar.

Referencias

- ACODESI, E. (2003). *La formación integral y sus dimensiones: texto didáctico*. Asociación de Colegios Jesuitas de Colombia, ACODESI.
- Fina, D. H. (2022). La resistencia [Reseña]. *Revista Mediterránea de Comunicación*, 13 (2).
- Savater, F. (2019). *El valor de educar*. Ariel.